

DISCURSO DE VILAFRANCA

DISCURSO DE VILAFRANCA

El 24 de junio de 1990, esa fiesta de interés más que provincial que es la Fiesta de la Poesía de Villafranca, redondeó su primer cuarto de siglo de existencia. Efemérides plateada. Ocasión de oro, por otra parte, para que uno de sus preclaros fundadores, el hijo del pueblo y gran escritor Antonio Pereira, dijera algunas verdades como puños, además de emocionarse y emocionar a la feligresía del acto.

Por el significado de la Fiesta y de su aniversario; por la personalidad del actuante y por el contenido de su discurso, brava y bellamente relacionado con intereses prácticos y conveniencias espirituales, TIERRAS DE LEON, dentro de un episódico —esperamos— trastorno de fechas, hace suyo el texto memorable que puede verse en las siguientes páginas.

Señoras y señores, convecinos y amigos:

No es infrecuente que un poeta se vea sometido a una pregunta bien intencionada pero que acarrea cierto compromiso: “¿Qué es, para usted, la poesía?”. Se le pide una definición, pero lo que se espera del preguntado es una salida ocurrente. “Poesía eres tú”, del romántico sevillano, es un piropo. El mismo poeta equiparaba la poesía al misterio —“Mientras haya un misterio para el hombre / habrá poesía”—, y otros ingenios aluden a la fabricación de un aparato verbal, a la potenciación del lenguaje de la tribu, a la suspensión momentánea de la incredulidad... Yo estimo mucho el claro discurso machadiano, receloso de los filósofos que pretenden explicar con palabras que nadie entiende los conceptos que todo el mundo conoce, y me gustaría imitarlo con la formulación de que poesía es, sencillamente, lo que puebla la Ciudad de los Poetas. Una ciudad ideal que está en China y en el Congo, que alberga al bardo de la Odisea y a los místicos españoles y a los cantores negros de Harlem. Pero también esta ciudad concreta que hoy estamos respirando, con sus piedras y sus torres, con sus árboles y sus ríos, donde los moradores y sus visitantes están tan comprometidos con la poesía —son la poesía— como los propios poetas que acaban de decir sus versos y los que han pasado y seguirán pasando por esta tribuna abierta. Ciudad de los poetas somos, y este apellido será para nosotros como el aire y el agua, que no nos lo dejaremos quitar.

Pero vengamos a la ocasión, o sea, a esta especie de misa mayor de la poesía para la que han sonado campanas en carteles y pregones. “XXV Fiesta de la Poesía en Villafranca del Bierzo”.

El relieve del número ordinal, la vigésimoquinta y redonda celebración, las Bodas de Plata parecen destacar este año e invitarnos a recordar nuestro último cuarto de siglo y, aún más, a inaugurar una nueva etapa que acaso pueda aprovechar la sombra de los viejos árboles, pero que pertenece a los brotes y retoños de un destino manifiesto. Sin esos niños que han venido de la mano de sus mayores y nos miran acaso con los ojos críticos de los niños, sin los jóvenes que empiezan a recibir la poesía cercana y a escribir la propia, poco sentido tendría este acto, como no fuera el de una vana autocomplacencia.

En la modesta medida que a mí me toca, este debe ser un acto de relevo generacional. Estamos aquí para velar —como fideicomisarios, no como dueños— por un hecho que se va haciendo tradición, desde que comenzara en un día de primavera del Bierzo. Esta fiesta tiene su prehistoria y su historia, antecedentes remotos y próximos, diferentes cómputos cronológicos y abundante historiografía (e incluso chismografía), y es bueno que sea así, porque a la poesía no le van mal los velos y las medias luces, el misterio y la ambigüedad. Lo que sí parece claro es que la fiesta de la poesía no tiene un padre ni una madre. La fiesta de la poesía es hija de todo un país, el país del Bierzo;

y aquí, en esta villa, encontró sede y crecimiento, y realizadores que con buen sentido de la justicia suelen preferir que sus nombres se disuelvan en el conjunto de todo un pueblo.

Quien os habla —y doy las gracias con toda mi alma al alcalde por sus palabras de presentación—, quien ahora os habla fue uno más entre los servidores de la empresa. Testigo, por tanto; y responsable, en el ámbito de lo que le ha tocado hacer. El camino que hemos andado tuvo rectas decididas y también vueltas y revueltas, de manera que no vendrá mal un poco de autocrítica.

La crítica ajena (y a veces muy próxima) no nos ha faltado nunca, y es de agradecer, aunque raramente ofreciera soluciones y, menos aún, colaboración práctica. Villafranca es una villa cargada de historia —abrumada, me atrevería a decir—, pero que cuenta hoy con una demografía y unas estructuras muy inferiores a su empaque. No es extraño que hayamos tenido fallos y lagunas en aspectos organizativos y formales, cuando el encuentro de los poetas se encaminó desde sus inicios de reunión amistosa hacia la celebración con detalles y protocolos. En alguna ocasión, también es verdad, habremos premiado el formalismo —no sé si decir la profesionalidad— de ingenios avezados a la aventura de los concursos, eso que *La Estafeta Literaria* titulaba, frontalmente, “La lotería de las letras”. Pero otras veces, yo creo que muchas más veces, el premio nacional de poesía Villafranca del Bierzo y otros galardones de la Fiesta han servido para descubrir valores o para confirmarlos: de España y de más allá de nuestras fronteras, de León y del Bierzo, poetas de la propia Villafranca.

Todo el esfuerzo de estas décadas quedaría justificado por una sola voz verdadera que desde este lugar hubiera nacido a la poesía. Y no creo que nadie se atreva a poner en duda que lo hemos conseguido. En solapas y contracubiertas de libros, donde se hace biografía de sus autores, es frecuente ver el nombre de Villafranca. Escritores, catedráticos, académicos y otras personalidades del mundo de la cultura se han subido a esta tribuna como mantenedores, y con el recuerdo de estas jornadas se han llevado la voluntad de ser nuestros testigos y propagandistas. Todas las primaveras, los medios de comunicación de España entera han publicado las convocatorias y noticias de este acontecimiento literario, el nombre de Villafranca leído en millones de ejemplares y oído y admirado. Y ahora mismo, en la colección Endymion, que circula en España y fuera de España, el libro *Ciudad de los poetas*. Y con la gracia y la fuerza de la divulgación popular, la salida de un manojito de poemas bellamente titulado: *Calle del Agua*. Nunca, a lo largo de nuestra historia, habíamos conocido esta —lo diré entre comillas— “exportación”.

Pero estas consideraciones no van a ser triunfalistas. No. Y de qué manera la vida nos enseña que las cosas suelen llegar muy distintas de lo que hemos soñado. A lo largo de estos años, para qué voy a negarlo, algunas veces se me pasó por la cabeza la idea —la esperanza— de que un año os acordaseis de mí para mantenedor de la fiesta. Yo iba a hacer (pensaba) un discurso precioso. Sería una pieza muy lírica, donde no faltaría la alusión a nuestras esencias, la tradición y las ejecutorias, lo incomparable del paisaje y la alegría de los ríos que nos bañan entre la sombra azulada de los castaños y los chopos. Todo eso que vosotros sabéis. Y ahora, cuando ha llegado el momento, me veo preocupado y grave.

Villafranca está en un momento inquietante, dentro de un mundo de cambios alocados. Y como no hay estética sin ética, tenemos que examinar nuestras conciencias y ver en qué medida la poesía puede ayudar a que nuestro pueblo tenga más *vida*, porque no sólo de versos vive el hombre. No he venido dispuesto a cantar los lirios del campo, pero tampoco voy a entrar en los datos exactos de la economía y la política, que es asunto de los gestores elegidos por el pueblo. Hay en marcha estudios socioeconómicos sobre la demarcación del Bierzo, pero hoy, y aquí, nuestra mayor preocupación es la de este confín occidental de una comarca, de una provincia, el lugar más periférico de todo un vasto territorio autonómico: la preocupación concreta por Villafranca.

XXV FIESTA DE LA POESIA

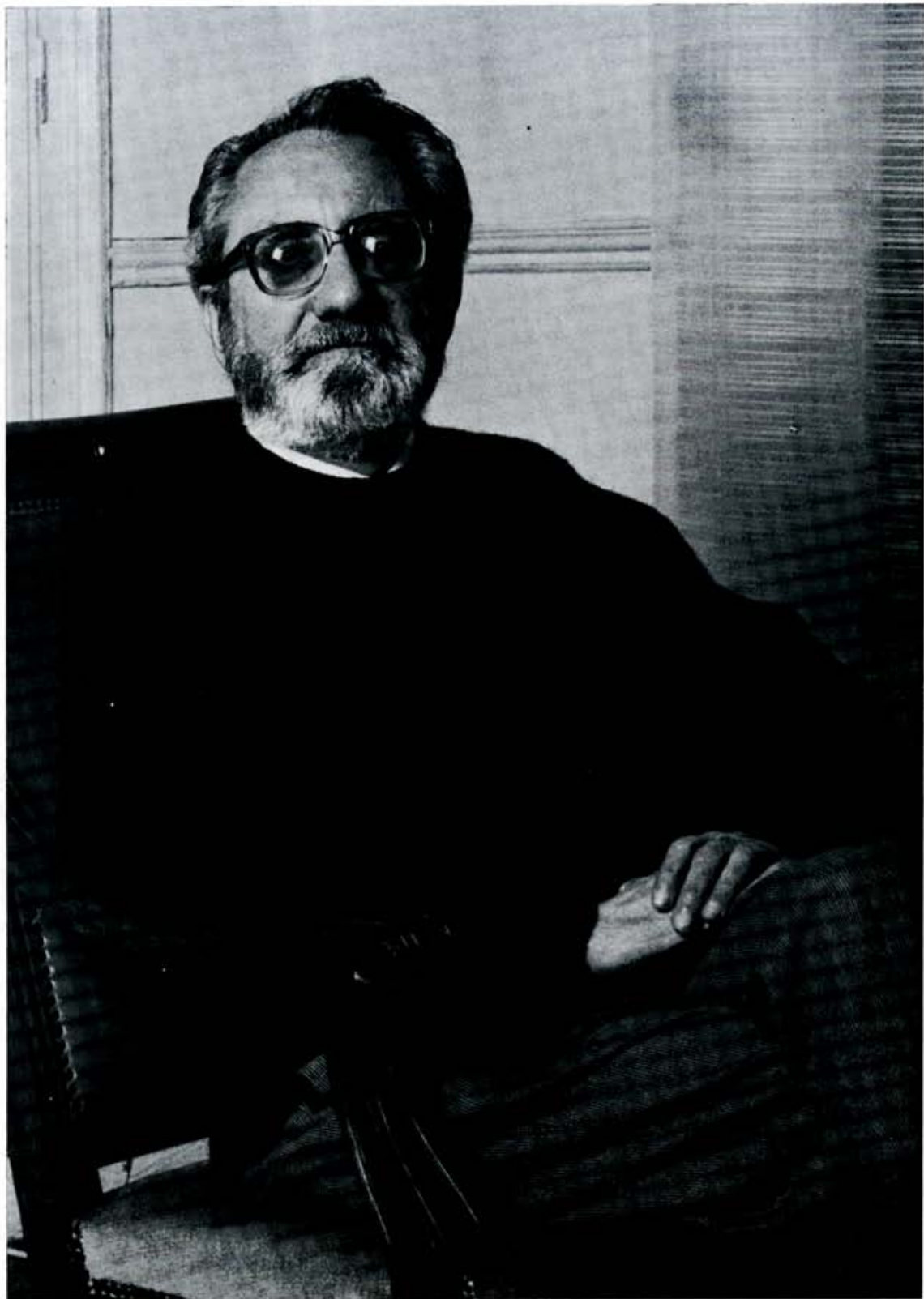
BODAS DE PLATA

23 Y 24 DE JUNIO DE 1990



23 - DIA EXALTACION AL RIO BURBIA

VILAFRANCA DEL BIERZO



Antonio Pereira.

Villafranca del Bierzo, antigua capital de provincia, decapitada como partido judicial, excluida de la guía de ferrocarriles. Y no es que estemos suplicando ayudas, y mucho menos favores. Basta con que se nos respete, con que no se nos expolie. Para esto, para que no nos lleven lo nuestro, es para lo que pedimos solidaridad y justicia. Hace sólo unos meses, lo pidió todo este pueblo, a voz en grito, por las calles hospitalarias y fraternas de Oviedo. Y hace cuatro días, en la plaza. Y ayer por la noche, por nuestras calles. Porque de aquí se han llevado muchas cosas, pero la loca pretensión de llevarse un río, eso, de verdad, es pasarse de la raya. Si nos robaran la colegiata, me costaría lágrimas. Por el Burbia, serían mis lágrimas y mi sangre, porque una iglesia o una catedral pueden volver a hacerse, pero perder el Burbia sería perdernos nosotros para siempre.

Este asunto del río, tan hondo, tan patético, podría haber llenado con dolorosa exclusividad el discurso de la XXV Fiesta de la Poesía. Porque el Burbia es un tema económico y vital para Villafranca, pero es también pura poesía, y poesía equivale a creación. El río se crea a sí mismo cuando pasa, y nos crea a nosotros, y guarda nuestra identidad y nuestra memoria. Sin la integridad del Burbia —quiero decir, sin todo su caudal, o amputado el río en su cauce milenario—, Villafranca no se entendería, y nuestros versos quedarían acallados como no fuera para la elegía, y acaso para la maldición. El pueblo de Villafranca está entero, unanime y apretado como no se lo había visto nunca, guarda jurado de las riberas de su río. Cuesta trabajo pensar que una barbaridad así pudiera cometerse, y todos esperamos que a los resultados pecuniarios de efecto temporal se sobreponga el interés permanente de la naturaleza.

Vamos a defender nuestros ríos. Y vamos a aprovechar el susto y la amenaza, porque no hay mal que por bien no venga. Yo no sé la estadística de nuestras huertas y viñas, de la industria y el comercio, ni la riqueza que pueda haber por encima y por debajo de nuestro suelo. Pero sé que somos hombres y mujeres capaces de asumir una llamada urgente, cada cual con sus medios. Un periódico publicó una fotografía de algunos escritores y artistas actuales de Villafranca —casi todos están en esta fiesta— y debajo había un título que me conmovió: "Querida generación". Pero yo me resisto, yo me niego a figurar en una clasificación que pudiera corresponderse con un tiempo de ruina de nuestro patrimonio. Si Villafranca, como se dice, tiene la peculiaridad de su poesía y su música y su pintura, todos estamos obligados a aprovechar esa condición en beneficio del pueblo. Sin olvidar asignaturas pendientes —la biblioteca pública, por favor, ¡el teatro!— algo muy positivo tenemos ya, y es en el terreno de la enseñanza. Hay momentos del curso escolar en que da gusto Villafranca, llena de estudiantes de la villa y de su circundo, atendidos por una importante nómina de profesores.

Por aquí, pues, estaría una de las grandes posibilidades de nuestra "industria". La "industria de la cultura", si se me permite el término, que nos daría vida y puestos de trabajo, los directos y los indirectos. En todo el mundo hay una gran apetencia de evasión y de administración del ocio, que se encamina hacia las playas y las montañas y los vivideros que dan gusto al cuerpo, pero hay también sectores que prefieren lugares minoritarios y cultos, que no quiere decir inconfortables o aburridos.

La potenciación de nuestro espléndido emplazamiento en el camino de peregrinos más importante de Europa, el turismo selectivo, los cursos de verano, los congresos, los conciertos y las exposiciones, tal podría ser nuestra meta, coadyuvante con las demás actividades económicas.

Y para esto, lo primero que hay que hacer es conservar el entorno natural. Y, por supuesto, conservar la casa. La Villafranca esencial de las viejas calles y plazas y plazuelas no podrá permanecer en el tiempo si no es con aportaciones de quienes tienen obligación de proteger el patrimonio artístico de España. Pero no nos engañemos. Las subvenciones no servirían de nada si estas casas y casonas no las vivimos. El corazón se le llena a uno de envidia al caminar por ciudades como la na-

varra Olite (lo digo por experiencia reciente) donde la rúa equivalente a nuestra calle del Agua está perfectamente respetada en su arquitectura civil, pero utilizada al completo, con organismos que tienen allí su asiento, y todo son casas con vecinos, porque lo uno trae lo otro. Es más fácil y más barato construir sobre un terreno nuevo un cuartel de la Guardia Civil o un colegio o una casa de la cultura. Pero en Villafranca, no. Esta es la pena y la gloria de Villafranca. Que estamos más llamados a rehacer que a hacer. Que hay que vivificar y llenar de pisadas y de niños y de balcones abiertos esta ciudad que un viajero que sale del túnel de la carretera puede ver con pasmo, creyéndola una población numerosa, una especie de Compostela.

He ayudado, ya lo he dicho, a esta celebración de cada primavera. Ni más ni menos que otros compañeros en la ilusión de la fiesta he repartido convocatorias, transportado paquetes, acarreado las sillas. Lo que sí me venía tocando especialmente era explicarle al mantenedor o mantenedora de turno la circunstancia de que no todos los fieles puedan sentarse, invitación —que siempre fue entendida y atendida— a los necesarios límites en la duración del discurso. Estaría bueno que ahora me pasase yo. Pero hay algo que debo decir antes de terminar. No sé si os habéis dado cuenta de que estoy realizando una proeza, y perdonadme que yo mismo me alabe: llevo hablando quince o veinte minutos y mi boca no ha pronunciado ni un solo nombre propio de persona. En un pueblo nórdico, bajo el campanario de la iglesia, he visto una placa de homenaje a sus héroes y no había ningún nombre, sólo una frase que traducida venía a decir: “Nadie citado, nadie olvidado”. Yo sufro cuando hago citas nominales, porque luego me queda el reconcomio de las omisiones no queridas, y hoy, especialmente, habría una larga lista de mecenazgos y de gratitudes, muchos nombres que recordar en relación con estos 25 años de historia de la fiesta.

Pero mi decisión no arranca de mi comodidad, sino de una convicción profunda: la de que hoy nuestro canto debe ser coral. Por eso no ha habido en mi discurso personalizaciones, ni de ancestros ni de actuales, ni de personajes ni de ciudadanos de a pie, ni de vivos ni de muertos. Y sin embargo, un duelo reciente impone su dolorosa excepción. Porque una cosa son los muertos que ya están acostumbrados a la región de las sombras —o de la luz, qué sé yo— y otra los que acaban de llegar a su destino último, de manera que sus deudos todavía llevan testimonio en la ropa y nosotros, sus amigos, luto en el corazón.

En esta XXV Fiesta de la Poesía, tan esperada y señalada, hay un lugar que tenía que estar ocupado por un villafranquino —villafranquino es quien nos entrega su descanso final, después de haber desgranado aquí su juventud y de habernos acompañado tantos años bajo estos árboles—, apasionado de Villafranca, casado con una ilustre dama de las letras que es bisnieta de villafranquinos y enamorada del solar familiar. Hablo de un caballero elegante y vivaz, que un día me recibió en el palacio de la Academia de la Historia para aceptar el encargo que me diera el alcalde de mi pueblo, nombrándolo mantenedor. Y así lo veo y lo recuerdo —lo recordamos todos—, asiduo a la fiesta de la poesía, conjugando la pasión por la vida con una vaga nostalgia garcilasiana, de dolorido sentir. No haría falta decir su nombre: Excelentísimo señor don Dalmiro de la Válgoma y Díaz-Varela. Don Dalmiro. Dalmiro.

Cumplida está la invocación, cerrado el privilegio que marca el dolor tan próximo. Este 24 de junio de 1990, una mañana de San Juan como en el más bello romance del romancero, es un día villafranquino que está hecho de quienes pueblan el cementerio y de la sangre ardiente de las mozas, desde el cronista oficial al barbero y al herrador y al abogado, y reúne a los condes y a los que van a la feria a vender los injertos, aquí en la Herradura yo convoco a los poetas y los comerciantes, los abades mitrados y las peluqueras de Solriza, los pintores de rótulos y los registradores de la propiedad, los que tienen preciosos motes en la Rúa Nueva y el Otro Lao, las banqueras y los que se sientan

en la barandilla del puente a riesgo de caerse, los ferreteros, los horneros y los que siempre andan descubriendo minas, los fabricantes de los almíbares y los repartidores de La Parroquial. Esta es la hora de una gran voluntad reunida, de las sociedades recreativas y de la Sociedad de Socorros Mutuos, la glorificación de los virtuosos, pero también de los tiernos y queridos bebedores de las tabernas del anochecer. Esta es nuestra hora, convecinos y visitantes que estáis con nosotros porque queréis a Villafranca, amigos de la poesía que conmigo vais, no dejéis que me siga embalando, dejadme terminar con entereza, con los versos del romancero:

“Quién hubiese tal ventura / sobre las aguas del mar / como hubo el conde Arnaldos / la mañana de San Juan. / (...) Por Dios, ruego, marinero / dígame ora ese cantar. / Respondióle el marinero / tal respuesta le fue a dar: / Yo no digo mi canción / sino a quien conmigo va.”

LA PARCA ALARQUINA

UNA PEZA CENTRAL DEL SIGLO XVI

PROBABLEMENTE ESCRITA, IMPRESA Y REPRESENTADA EN LIONS